

mente, y por el rumbo de Oriente, el lugar de donde salieron los trece gefes que fundaron la civilizacion americana, y aunque en la última carta [1] expresa, que no pretendia investigar el origen de las poblaciones que han cubierto, y cubren aun hoy dia el suelo de ambas Américas, sino dar á conocer algunas noticias históricas, poco estudiadas, ó desconocidas, y quizá hasta de aquellos que pudieron haberse valido de ellas en sus trabajos sobre la historia primitiva de estas regiones, no omite dar su opinion en los términos siguientes: «He procurado, con tanta conciencia, como me ha sido posible, probar con las antiguas tradiciones americanas, que las naciones civilizadas de la Meza de los aztecas, no pudieron venir de las regiones septentrionales.» Fácilmente se percibe por todo lo expuesto antes, y por los últimos conceptos que acaban de trasladarse, á qué lado se inclina su juicio, y la fuerza de conviccion que encontraba en el sistema que hubo de servirle de tema principal en sus cartas al *duque de Valmy*.

§ 5. Sin embargo, en la obra que publicó en 1857 con el título de «Historia de las naciones civilizadas de

(1) Carta cuarta, pág. 46.

México y de la América Central, durante los siglos anteriores á Cristóbal Colon,» dice que, resuelto á no hacer prevalecer ningun sistema sobre el origen de los habitantes y de la civilizacion americana, se habia abstenido en todo el curso de su obra de toda comparacion entre los pueblos del antiguo y del nuevo mundo, reservándose el derecho de sacar partido mas tarde de sus investigaciones, y establecer en disertaciones especiales el sistema que le pareciera mas razonable.

Anuncia, entretanto, que si hubo no ha mucho de entreveer las trazas de los scandinavos en algunas invasiones septentrionales, creía verlas todavía; encontrando igualmente recuerdos mas ó menos borrados de los árabes, y de las antiguas poblaciones de la *hoya* del Mediterráneo en *Yucatán* y el *Kiché*, como lo percibe del boudismo, del hindú ó del chino, en la mayor parte de las religiones de México y de la América Central. (1)

§ 6. Se ha visto de qué modo se expresaba en su primera obra respecto del sistema de Ordoñez, encon-

(1) Histoire des nations civilisées du Mexique et d l'Amérique Centrale, etc., tom. 1, Introd., pág. 92.

trándolo de acuerdo con las tradiciones é historiadores mas remarcables de América, y haciéndolo valer con gran fuerza de convicción. Pues bien, ahora dice que no adopta ninguno de los sistemas imaginados sobre su origen y civilizacion: rechaza cualquiera de ellos que tenga por objeto hacer de la antigua cultura americana atributo ó patrimonio especial de una nacion, sea africana, europea ó asiática; y asegura que no entrevee en el sistema de *Ordoñez y Juarros*, que asignan ser los egipcios y fenicios antecesores de los palencanos, toltecas y mexicanos, *por no apoyarse en dato alguno positivo.* (1)

Manifiesta en seguida que la parte septentrional de Honduras, las regiones centrales del Peten y del Lacandon al norte de Guatemala, y las provincias de Chiapas y Tabasco, que eran las regiones mas fértiles y ricas de la América septentrional, fueron probablemente las primeras en que apareció la civilizacion. Que segun las tradiciones tzendales, las orillas del Tabasco y del Uzumacinta habian sido testigos muchos años antes de la era cristiana *de las maravillas operadas por Votan, el mas antiguo de los legisladores americanos.* Finalmente, dice que vino éste acompañado de los que la Providencia habia destinado á ser bajo su direccion los fundadores de la civilizacion americana, y que era el primer hombre en-

(1) *Idem, idem, idem, tom. 1, chap. 1, págs. 4 y 17.*

viado por Dios para dividir y repartir las tierras de América. (1)

Despues de consignar tales especies, sin mostrar razon ni fundamento bastante, suponiendo poblada la América antes de *Votan*, expresa en el mismo tono afirmativo que «no puede decirse á qué grado de barbárie habia descendido esta poblacion antes de su llegada, y lo que parece mas cierto es que en una parte considerable de los países que se extienden entre el istmo de Panamá y los territorios de California, los hombres vivian en una condicion análoga á la de los salvajes del Norte, habitando en cavernas, ó chozas formadas de ramas, vestidos con pieles que se procuraban en la caza, y alimentándose de carne cruda, de frutas producidas espontáneamente por la naturaleza, ó de raíces arrancadas del suelo,» haciéndole, sin embargo, dudar, que todos hubieran caído en semejante degradacion, al ver en varias partes los restos de construcciones colosales parecidas á los edificios cíclopes.

Vuelve otra vez en el capítulo III de la misma obra á calificar de *preciosas* las tradiciones de que antes habia hablado, y á afirmar que «*ellas presentan guías mas seguras é indicaciones mas positivas, que todos los sistemas con cuya ayuda se ha tratado de acla-*

(1) *Histoire des nations civilisées du Mexique et de l'Amérique Centrale, tom. 1, chap. 2, págs. 42 y 43.*

rar tan difícil cuestión.» Añade que, «de acuerdo con las investigaciones modernas; y los estudios de que esta cuestión ha sido objeto hace muchos años, las tradiciones más antiguas designan la inmediación de las bocas del *Tabasco* y del *Uzumacinta*, así como las costas septentrionales de la *América Central*, como la primera cuna de la civilización.» (1) No obstante esto, más adelante dice que cuando los primeros trabajadores de la civilización recorrieron las costas de Yucatán «la Península, lo mismo que la mayor parte de las regiones interiores, estaba ya habitada, y aunque no puede decirse de que nación provienen los pobladores, es de creerse que fuesen de origen diverso, distinguiéndose bastante los unos de los otros por sus hábitos y costumbres, y sobre todo por su estado social.» (2)

En la relación que repite acerca de *Votan* sobre las tradiciones y los tzendales, se separa en parte de lo que anteriormente había expresado. Al reproducir lo que *Ordoñez* escribió respecto de dicho personaje y de sus viajes, extractando las tradiciones tzendales, dice que no comentará esa remarcable tradición. En otras especies que vierte sobre esas mismas tradiciones, se nota variedad de juicios y calificaciones diversas, especialmente cuando trata de dos manuscritos quichés y cakchiquel que tuvo á la vista.

(1) *Histoire des nations civilisées de Mexique et de l'Amérique Centrale*, tom. 1, chap. 3, pág. 65.

(2) *Idem, idem, idem*, tom. 1, chap. 3, pág. 65.

Al hablar de la tradición consignada en un manuscrito zutchil en la crónica de San Francisco de Guatemala, sobre el origen de las diversas naciones que poblaron aquella parte del continente, aunque esa tradición confirma en mucha parte el relato de *Ordoñez*, haciéndolas venir por mar del Oriente de un país llamado *Tolan*, se separa de lo que antes había referido sobre la población del *Palenque*, y sin indicar suficientemente los fundamentos en que se apoya, dice que el expresado país estaba hacia el Norte de México, encontrando entre los apaches y comanches y las tribus quichés y cakchiqueles algunos rasgos de semejanza. Refiere que de allí se desprendieron en los siglos X y XI aquellas hordas de guerreros nómades, que invadieron una porción considerable de México, extendiéndose después por la América Central, y que eran de una raza distinta, por las diferentes lenguas que hablaban, y por el marcado contraste que se advertía en las facciones de la cara. (1)

§ 7.

No cree que la opinión de Morton, Nott y Gliddan, quienes al ver el carácter uniforme que se nota en

(1) *Histoire des nations civilisées de Mexique et de l'Amérique Centrale*, tom. 2, lib. 5, chap. 3.

el conjunto de las razas americanas, hacen *autochthones*, y producido en el suelo de América el tronco primitivo de la población de este continente, deba desecharse absolutamente, ni considerarse opuesta en todo al sistema mosaico, que proclama la unidad del linaje humano. Ningun inconveniente encuentra, si por esto solo quiere darse á entender la influencia que el clima haya tenido, y cuanto encerraba este suelo vírgen, en los primeros moradores, así como el aislamiento en que vivieron tantos siglos, hasta ocasionar notables modificaciones en su constitucion física y moral, y constituir una raza distinta de las demas. Pero si destruyendo la unidad del género humano, se les supone nacidos ó formados aquí, no cabe duda que tal opinion resultaria opuesta á la relacion mosaica, la cual se ha visto confirmada, ora por la ciencia, ora por admirables descubrimientos posteriores. En tal caso asienta, despues de tanto empeño por ilustrar la cuestion de origen, y por reunir y combinar cuantos datos se hacian oportunos, que era superfluo querer buscar el tronco primitivo de la poblacion americana.

No cree que la opinion de Morton, Nott y Gibbon, quienes al ver el carácter uniforme que se nota en

§ 8.

Manifiesta en seguida, que en esta misma unidad descúbrese gran variedad, y que en esta de-

ben buscarse las emigraciones que han venido á ingertarse en el tronco primitivo. En el carácter general del tronco mas antiguo de las provincias de Quiché y Yucatán, y las razas de la Palestina y del Egipto antiguo, encuentra numerosos rasgos de semejanza. «El perfil judaico, dice, árabe ó argelino, son exactamente parecidos á los tipos que se ven grabados en los monumentos de Nínive y de Tebas. Las costumbres, una multitud de prácticas, y los vestidos parecen idénticos. Estamos íntimamente persuadidos, que cuando los orientalistas eruditos hayan comenzado á estudiar las lenguas americanas, irán mas léjos que nosotros á este respecto.» Añade que en este tronco oriental se han ingertado formas que recuerdan las de los tártaros y mogoles, caracteres análogos á los que se encuentran con frecuencia en la Suecia y la Curlandia, así como en los diversos cantones de Alemania y Hungría.» Venian del Norte, y en sus tradiciones dan á los países de donde salieron originariamente, los mismos nombres que se encuentran en las historias mexicanas. Tambien nos inclinamos á creer, que estas tribus y las chichimecas que bajaron sobre México, tuvieron un punto de partida comun en el uno ó el otro continente, sin que por esto sea necesario atribuirles un origen del todo comun.

En la obra que el abate Buisson de Bourbourg